

Indicios del odioamoramiento en la vida y obra de E. M. Cioran



ALEYDA MUÑOZ LÓPEZ*

Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia

Indicios del odioamoramiento en la vida y obra de E. M. Cioran

Signs of Love-hate in the Life and Work of E. M. Cioran

Indices de l'hainamoration dans la vie et l'œuvre d'E. M. Cioran



En términos de Freud, la acción conjugada, y también contrapuesta, de Eros y Tánatos nos permite entender los fenómenos de la vida. Por otro lado, Lacan precisa esta tensión afectiva a nivel del sujeto en su encuentro con el Otro y en la búsqueda de la verdad que, tal vez, el Otro posea, porque el que ama también odia. En Cioran esa paradoja constituye un hilo conductor a lo largo de su vida, en particular de su escritura siempre elaborada con exquisitez filosófica y literaria.

Palabras clave: amor, odio, conciencia, existencia, tedio.

In terms of Freud, the joint yet also opposing action of Eros and Thanatos allows us to understand the phenomena of life. On the other hand, Lacan specifies this affective tension at the level of the subject, in its encounter with the Other and the search for the truth that the Other might possess, because those who love also hate. This paradox is a guiding thread of Cioran's life, particularly of his writing, which was always exquisitely crafted, both philosophically and literarily.

Keywords: love, hate, consciousness, existence, ennui.

D'après Freud, l'action combinée, et opposée aussi, d'Eros et Thanatos permet de comprendre la vie. D'autre part, Lacan spécifie cette tension affective au niveau du sujet dans sa rencontre avec l'Autre et dans sa quête de la vérité que, peut-être, l'Autre possède, parce que celui qui aime, déteste aussi. Chez Cioran ce paradoxe constitue un thème majeur tout au long de sa vie, en particulier dans ses écrits toujours élaborés avec une délicatesse philosophique et littéraire.

Mots clés: amour, haine, conscience, existence, désœuvrement.

CÓMO CITAR: Muñoz López, Aleyda. "Indicios del odioamoramiento en la vida y obra de E. M. Cioran". *Desde el Jardín de Freud* 19 (2019): 299-310, doi: 10.15446/djf.n19.76726

* e-mail: aleydam1815@gmail.com

© Obra plástica: Jim Amaral

En términos de Freud, recibir la impronta de la cultura representa para el humano un costo subjetivo que pagará con el malestar que despierta el forcejeo constante entre el acatamiento del orden cultural y la rebelión a sus designios¹. Como ser de lenguaje, tendrá el recurso de tramitar la inconformidad, pero no alcanzará la precisión ni el equilibrio homeostático que ha roto la coerción simbólica. Siempre en déficit frente al universo y frente a sí, imaginará un Otro a quien demandará el reconocimiento y la protección que de todos modos no garantizará la permanencia y el bienestar que anhela. Agobiado en el *des-ser*, enlucirá el horizonte para avanzar por diferentes rutas que temporalmente sostendrán la ilusión, pero siempre confluirán en el borde del abismo del que intenta escapar.

Este salto al vacío sin red, desde la naturaleza hacia la racionalidad y la *consciencia*, compromete a devenir como sujeto sociable, en un proceso en el cual los dioses y las hadas tartamudean y el azar desdibuja los esquemas y las premoniciones. En el intercambio no siempre fluido entre el mundo interno y el mundo externo, se instala la cultura como un *otro ajeno* que, convertido en voz acuciante, impele a la restricción a favor de otros, con el efecto de un malestar incurable, fuente de hostilidad contenida.

Esta voz del superyó, como elemento de la estructura psíquica, emerge en varias formulaciones conceptuales y está relacionada desde el inicio con el padre de la situación edípica, pero en Lacan evoluciona a la función paterna en su dimensión simbólica y a *les-noms-du-père* en su deficiencia con lo *real*. No es un recorrido conceptual irrelevante, porque se inserta y modifica la trama teórica y responde a una reflexión sostenida acerca de los cambios culturales y sus manifestaciones en el sufrimiento subjetivo.

Sufrimiento que se expresa más allá del diván y que, situado en los terrenos de la ontología, supone la tramitación del *existir*, con las vicisitudes que surgen del saber de sí y del entorno; tener noticias de la finitud y padecer la insistencia de un *real* que se impone pese a los ingentes esfuerzos de la razón.

Este *pathos* tan humano adquiere dimensiones notables en sujetos excepcionales, que en su recorrido vital dan testimonio con sus obras del combate extenuante entre lo que piensan y lo que sienten, entre lo que aceptan y lo que refutan, entre sus búsquedas incansables y sus capitulaciones fallidas. La insistencia pese al dolor y



1. Sigmund Freud, "El malestar en la cultura" (1930 [1929]), en *Obras completas*, vol. XXI (Buenos Aires: Amorrortu, 1979).

la queja revela su fórmula para *soportar la vida*, que en ocasiones se encarna en un legado cultural propicio para el análisis desde diferentes disciplinas.

En este artículo se explora el tema del *odio*, propuesto por la revista *Desde el Jardín de Freud*, entendido como rechazo airado, entreverado por una carga libidinal apasionada en el *odioamoramiento*² que emerge en filigrana en la obra literaria y filosófica de E. M. Cioran, como respuesta al deber de existir.

EL INICIO PREMATURO

La imagen es el recurso elemental del sujeto en ciernes, para jalonar su inserción en el mundo. A partir de la imagen del otro logrará integrar y organizar las experiencias que tienen incidencia en su cuerpo y que sugieren fragmentación y desorden. A la par que construye una imagen corporal acumula efectos de su interacción con los semejantes y con el mundo exterior, mediante un Yo aprisionado por ahora en los reflejos especulares que ratifican o ponen en riesgo su acogida en el mundo. Esta prevalencia inicial del registro imaginario tiene efectos fundantes en la actividad psíquica, que en este periodo remite a un acaparamiento narcisista del entorno con referentes ligados ante todo a los avatares de la satisfacción. La incidencia del lenguaje permite, no sin dolor, ordenar el bagaje de percepciones, urgencias, movimientos y satisfacciones y constituirá una memoria que entrelaza su condición de viviente, capaz de interpretar lo que experimenta y de usar códigos para expresarlo. El otro materno acoge en *lalengua*, que favorece una identificación inicial, “[...] antes de que el lenguaje le restituya en lo universal su función de sujeto”³.

La aceptación y el rechazo serán las respuestas elementales ante la presencia de *lo otro*, pero según Freud constituyen las variantes del reconocimiento y la exclusión y las matrices del amor y el odio como arquetipos elementales en el registro imaginario de la interacción social. El devenir del sujeto le permitirá atemperar en otro nivel esta tensión entre el Yo, lo otro y el otro, mediante los recursos de orden simbólico de su entorno social y cultural. No obstante, este esquema evaluativo no desaparece, puede resurgir o fijarse como sesgo excluyente para dar paso a una interpretación prevenida del otro y del mundo hasta convertirse en el sustento reversible de cualquier vínculo.

La deriva resultante de afectos opuestos que permanecen en tensión, sin una tramitación en lo simbólico, aunque sea parcial, termina por sostener un malestar, que emerge como indicio de inadecuación con la vida y se expresa en los síntomas que dieron origen a la clínica psicoanalítica, que en su evolución ha descubierto la trama compleja de la actividad psíquica. Y es compleja porque opera con asuntos estructurales, como la capacidad de pensar, los efectos divisorios del lenguaje, la

2. Este término propuesto por Lacan sintetiza la idea del sesgo pulsional que se esconde en el amor, en la medida en que no escapa al destello narcisista y también al goce.
3. Jacques Lacan, “El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica” (1949), en *Escritos 1* (México: Siglo XXI, 2003), 87.

incidencia de los niveles de consciencia, el doble efecto de la ley, las urgencias afectivas y vitales, las deficiencias de la sociedad y de la interacción entre humanos y todo lo anterior, en un trasfondo que lo conduce a asumir su condición finita.

LA DOBLE VERTIENTE DE LA LEY

En el origen de la vigencia de la ley, hay que reiterarlo, se encuentra la deficiencia estructural del humano que lo determina en su infancia a la sujeción absoluta a un Otro; este, desde el cuidado, favorece complejos procesos que culminan en la inserción del nuevo sujeto en un orden simbólico que encausará para siempre sus aspiraciones como ser viviente.

Indefensión y dependencia, desventajas iniciales y presencia de Otro en el que confluyen los beneficios y los compromisos que genera la inserción social. Los compromisos se actualizan en la ley y la cultura que aspiran al *bien* general sin alcanzar la eficiencia que gratifique y compense la renuncia impuesta a los sujetos. Tenemos entonces: el Otro que representa la ley, la advertencia que señala la doble vertiente de lo prohibido, esto es: como renuncia a lo deseable para beneplácito del semejante o como opción trasgresora con efecto de satisfacción libre de interferencia, pero merecedora de sanción y exilio afectivo. Dilema que resolver para el sujeto con un costo seguro de pérdida que, convertida en amenaza subjetiva, por la vigencia de la ley ya interiorizada, adquiere el sesgo de combate erosivo en el cual puede prevalecer la hostilidad y el desafío a la ley.

Las tradiciones religiosas dejan testimonio del efecto incitador de la ley y del recurso ineficaz de la sanción frente a la fuerza insistente de la pulsión. En particular, las religiones monoteístas, al instaurar un Otro absoluto que exige sometimiento incondicional, derivan la gratificación a la promesa de otra vida que demerita la única vigente y prolongan la espera del bienestar más allá de lo posible, salvo que se acepte la autopunición y el sacrificio.

Si en el inicio, la total indefensión es el único equipaje, ello explica que el Dios-Otro surgido de las entrañas del mismo sujeto tenga la imagen suprema del creador increado, ejecutor implacable de un poder inconmensurable, amo poseedor de todos los atributos de los que carece en su insignificancia cósmica el creyente o el insumiso que aspira a destituirlo. Extraña abstracción de efectos disonantes que divide los pueblos en combatientes-exterminadores por la fe, en devotos alienados o en renegados expulsados del paraíso. Fermento propicio para un escenario social mortífero, donde se mezclan los ideales encarnados, las deficiencias de la racionalidad, las urgencias de la culpa y la fuerza de la pulsión destructiva.

A nivel del sujeto, la versión pulsional se traduce en una movilidad circular ente el amor y el odio, en relación con el Otro y lo que representa, y terminará encauzando su posición frente a la vida, que de no encontrar las alternativas simbólicas como en Cioran, se agotará a merced de lo real.

EL OTRO QUE NO EXISTE

Si en el mito el proto-padre fue asesinado y luego erigido en símbolo, con un traspaso regulado del poder que dejó como saldo la ley que obliga a crear lazos de fraternidad culposa, en una sociedad premoderna, la vigencia del Otro-Padre ampara, pero somete a partir de la desvalidez de la ignorancia y delega al sujeto el desgaste de administrar el miedo y la culpa. Pasada la frontera que prohíbe el conocimiento, en la sociedad moderna el Otro pierde sus ropajes y la *consciencia* de la finitud y de su soledad frente al universo, anula para el sujeto la posibilidad de consuelo y lo enfrenta a *soportar la vida*. Arrojado a la multitud dispersa y una vez más sometido por el orden o el desorden cultural, cobra vigencia el repliegue subjetivo que en algunos sujetos excepcionales da paso a la creación, en otros a la inanición social y en otros más al combate contra el *deber de existir*.

Afrontar las consecuencias de la destitución del *Otro* como: referente último para la acción, o como principio para entender el origen y el fin o como meta para dar sentido a la vida o como fuente para acceder a la verdad, planta al sujeto como *ser en falta*, protagonista de su destino y en la responsabilidad de administrar su fuerza vital. Análogo al final de la situación edípica, donde el *padre muerto* puede dar paso al *deseo*, el uso del recurso simbólico puede estimular abstracciones, metas prácticas o *formas de vivir*, que reacomodan la visión del mundo y que cumplen parcialmente la tarea de atenuar la angustia frente a *la cosa*. Sin embargo, no siempre es posible.

No obstante, la destitución racional del Otro, el poder de su imagen sembrada por el miedo tiene ecos mortíferos en algunos sujetos que hacen de su vida un sacrificio en el altar de una deuda imposible de saldar o un reclamo airado sin tregua ni pacificación. Es el efecto del *odioamoramiento* sin tramitar que puede anular la creación como recurso para atenuar el desamparo real. Otros, por el contrario, como Cioran pueden pasar la frontera y dar curso a su enojo a partir de la escritura, aunque ella revele la dosis de goce que le significa.

Siguiendo a Miller, cuando afirma que el goce evoca imágenes de intensidad y transgresión que “parecen ser exclusivas de sujetos de excepción que se aventuran más allá del principio del placer”⁴, se podría pensar que la escritura en Cioran le permite forzar fronteras más allá del placer de la creación, para procesar el sufrimiento que le

4. Jacques-Alain Miller, *El partenaire-síntoma* (Buenos Aires: Paidós, 2008), 180.

ocasiona el existir; el dolor de la impotencia frente a lo real que intenta discernir; la ira que le despierta la ingenuidad de los engañados; el costo subjetivo de desestructurar el valor simbólico de su entorno más próximo; la pesadez de sus dolencias psíquicas y de las corporales que evidencian el impacto del significante en su humanidad. Fórmula eficiente que anuda placer, goce y deseo. Lo explica Miller:

[...] por lo tanto, en el fondo, el dolor es el vehículo que permite al deseo ir más allá del placer para alcanzar el goce. Podemos decir, [...] que el fantasma, que es en sí mismo un placer, que da una satisfacción, permite fabricar placer con el dolor, y de este modo permite al sujeto avanzar en el campo de las Ding.⁵

Y en Cioran el dolor le acompaña siempre:

Desde que existo mi único y exclusivo problema ha sido el siguiente: ¿Cómo dejar de sufrir? Sólo he podido resolverlo por escapatorias, es decir que no lo he resuelto en absoluto.

Seguramente he sufrido mucho por diversas dolencias, pero la razón esencial de mis tormentos se ha debido al ser, al ser mismo, al puro hecho de existir, y por eso no hay sosiego para mí. He vivido en la nostalgia del premundo, en la embriaguez anterior a la creación, en el éxtasis puro de todo, he sido contemporáneo de Dios, que conversa consigo mismo sumido en su propio abismo, en la felicidad de antes de la luz, de antes de la palabra.⁶

Sin embargo, el interés por la vida y por la condición humana *insiste*. Vive muchos años, afronta el ocaso en silencio, es atento y compasivo con el sufrimiento de otros, escucha a potenciales suicidas y les desanima a pasar al acto como él tampoco lo hace; fiel a sus amigos les recibe con afecto, honesto y soberbio frente a los estímulos interesados, rechaza premios, vive en austeridad, exonera a los padres de su malestar y admite el dolor que pudiera causarles con algunos de sus libros y en particular con su intervención frente a la vocación religiosa de su hermano Aurel; deja de escribir cuando considera que ya ha calumniado bastante el universo y declina su actividad a la par que pierde su lucidez con el Alzheimer.

CIORAN DEICIDA. EFECTOS SUBJETIVOS

La intersección entre la caída del Otro y el drama subjetivo constituye en Cioran uno de los temas que ocuparon su reflexión, con un trasfondo amplio que empieza con Dios y se amplía a la creación, a la expulsión del paraíso por el pecado del conocimiento y a la aparición de la consciencia.

5. *Ibíd.*, 181.

6. E. M. Cioran, *Cuadernos* (1957-1972) (Barcelona: Tusquets, 2000), 175.

Hijo de un pope de la iglesia ortodoxa y de una madre no creyente pero estudiosa de las religiones, y en su juventud un explorador ansioso de la vida de los místicos, Cioran no puede ser ajeno a la cosmovisión cristiana que le representó el inicio de una confrontación severa con la experiencia temprana del vacío y de la nada. Cómo sobreponerse a la *lucidez* resultante de este episodio que describe así:

Tenía cinco años —es ridículo, pero en fin—, recuerdo la tarde, eran exactamente las tres, cuando tuve esa experiencia que formulé antes, sentí que el tiempo se desprendía de la existencia. Porque eso es el tedio. En la vida la existencia y el tiempo marchan juntos, forman una unidad orgánica. Avanzamos con el tiempo. En el tedio el tiempo se separa de la existencia y se nos vuelve exterior [...].⁷

Una precoz experiencia con un real inmanejable o quizá un recuerdo encubridor de otro drama que también escinde la subjetividad y sitúa frente al Otro. Y de este descubrimiento se direcciona una búsqueda insistente e insaciable por comprender, para intentar destituir a ese Otro, que compromete el sentido y que parece detentar lo absoluto. Otro tan intrincado en su malestar que tiene la connotación de éxtimo a la subjetividad.

Debemos la casi totalidad de nuestros conocimientos a nuestras violencias, a la exacerbación de nuestro desequilibrio. Incluso Dios, por mucho que nos intrigue, no es en lo más íntimo de nosotros donde le discernimos, sino justo en el límite exterior de nuestra fiebre, en el punto preciso en el que, al afrontar nuestro furor al suyo, resulta un choque, un encuentro tan ruinoso para Él como para nosotros.⁸

Este intento desesperado por comprender para luego destruir o ratificar la imposibilidad de la afirmación compromete todos los espacios, la consciencia, las acciones, la creación resultante, los afectos y la vida misma. Y cumple un ciclo que en su repetición da curso al enojo que aparece convertido en: blasfemia, denostación, autodenigración, denuncia incisiva contra la ilusión, frenesí del pensar y luego alarido que intenta sacudir al otro. Pese a todo, no escapa a la expectativa momentánea, al desmedro de la intensidad de su ira y al deseo de alcanzar la serenidad y al debilitamiento del Yo que propone la filosofía oriental.

Lo que siempre me ha seducido en la negación es el poder que da para sustituirse por todo y por todos, de ser una especie de opuesto de demiurgo, de disponer del mundo como si hubiésemos colaborado en su advenimiento y hubiésemos tenido luego el derecho, por no decir el deber, de precipitar su ruina. La destrucción, consecuencia inmediata del espíritu de negación, corresponde a un instinto profundo, a un tipo de



7. E. M. Cioran, *Conversaciones* (Barcelona: Tusquets, 1997), 55.

8. E. M. Cioran, *La tentación de existir* (Madrid: Taurus, 1973), 9.

envidia que seguramente todo el mundo experimenta en el fondo de sí mismo por el primer ser, por su posición y la idea que representa o simboliza.⁹

Establece pues una rivalidad vehemente con aquel a quien intenta *des-conocer* y no niega el sentimiento que lo moviliza. La apuesta por la sinceridad o el impulso a la escoriación culposa le hace confesar en numerosos aforismos el aspecto innoble de sus emociones, su defensa del mal y del demonio.

A pesar de lo mucho que he frecuentado a los místicos, en mi fuero interno siempre he estado del lado del Diablo: no pudiendo igualarlo en poder, he intentado igualarlo al menos en insolencia, acritud, arbitrariedad y capricho.¹⁰

Lo jalona la búsqueda apasionada, en los terrenos de la filosofía, la historia, la psicología, la escritura de los místicos, la poesía y la política, pero este acopio de conocimiento decanta siempre mejores argumentos para la duda, la decepción y el escepticismo. En ocasiones, pasos previos para episodios de tedio, inanidad, somatizaciones y desgarramiento subjetivo que en su juventud significaron una severa crisis y a lo largo de su vida un continuo fluctuar con el deseo por la vida.

Esa experiencia casi romántica del tedio me ha acompañado toda mi vida. He viajado mucho, he visto toda Europa. En todos los sitios que he visitado, he sentido un entusiasmo inmenso y después al día siguiente, el tedio [...].¹¹

Esta alternancia entre el entusiasmo y la decepción podrían encasillarlo en un concepto psiquiátrico clásico como la psicosis maníaco depresiva, o en la versión más actual y desafortunada de la bipolaridad, en detrimento de una vida y una obra cimentada en una sólida y profunda formación intelectual que continuó por senderos de reflexión, afines en parte, a una línea de pensamiento, que relaciona a Marco Aurelio, Petre Tutea, Pascal, Montaigne, Schopenhauer, Kierkegaard, Nietzsche, entre otros. Ante todo, se desdibujaría una vida que en palabras de la profesora Herrera: “[...] giró en torno a un objetivo fundamental: la libertad individual tanto en el sentido político e intelectual como en el sentido existencial y moral, y de la cual su obra es el mejor y más espléndido testimonio”¹².

9. E. M. Cioran, “Exercices d’admiration”, en *Œuvres* (París: Gallimard, 1995), 1628.

10. *Ibíd.*

11. Cioran, *Conversaciones*, 188.

12. M. Liliana Herrera, *Cioran. Lo voluptuoso lo insoluble* (Pereira: Publiprint, 2003), 38.

PENSAR CONTRA SÍ-MISMO

Lo que empieza como un intento deicida o parricida, se revierte en un combate contra sí mismo, por esos bucles extraños de la actividad psíquica que, cruzada por el drama del ser *para la muerte*, singulariza al sujeto en un nombre y una historia, que refleja las

intermitencias del *deseo*. En Cioran su escritura refleja esta alternancia que se traduce en el anudamiento de: el amor por la vida con su rechazo airado, para reivindicar el lado oscuro, lacerante y maldito de la condición humana. El interés, la decepción y el desastre parece un discurrir con frecuentes contradicciones. Pero responden a una elaboración cruda de otra contradicción, esta sí inmodificable: nacer para morir.

[...] Cuando me arrego una parte de eternidad y me imagino una permanencia que me implica, pisoteo la evidencia de mi ser frágil y nulo, miento a los otros como a mí mismo. Si actuase de otra manera desaparecería inmediatamente. Duramos en tanto duran nuestras ficciones. Cuando las ponemos en claro, nuestro capital de mentiras, nuestro fondo religioso se desvanece. Existir equivale a un acto de fe, a una protesta contra la verdad, a una plegaria interminable [...].¹³

[...] Sin embargo, debemos aprender a pensar contra nuestras dudas y contra nuestras certezas, contra nuestros humores omniscientes, debemos, sobre todo, forjándonos *otra* muerte, una muerte incompatible con nuestra carroña, consentir en lo indemostrable, en la idea que algo existe....

La nada era sin duda más cómoda. ¡Qué molesto es disolverse en el Ser!¹⁴

Bien podría entenderse la *otra* muerte, como el *vivir muriendo*, a partir de las vicisitudes de la consciencia. Del efecto siempre desgarrador de explorar, comprender y constatar el límite que plantea lo inefable. Lo que no puede ser dicho, pero se encarna en un malestar que de nuevo acicatea la búsqueda infructuosa.

[...] La aventura humana comenzó como una incapacidad para la modestia. Dios le pedía que fuera humilde, que se mantuviese tranquilo en su rincón, que no se metiera en nada. Pero el hombre es un metomentodo indiscreto, ese es su principio demoníaco y, si no se acepta este principio, no se comprende la historia. [...] De él está todo dicho en el Génesis. Como le atrae lo que lo niega, optó por el riesgo, es decir por la historia. Desde el comienzo eligió mal y, sin ese exilio, no habría habido historia. Eligió su condición trágica...

No, no admito el Génesis como revelación, sino como punto de vista sobre la concepción del hombre.¹⁵

Necesito el *aciago* demiurgo como una indispensable *hipótesis de trabajo*. Prescindir de él equivaldría a no entender nada del mundo visible.¹⁶

Me gusta el campo... y vivo en una metrópolis; me horroriza el estilo y cuido mis frases; soy un escéptico empedernido... y leo principalmente a los místicos... y así podría seguir indefinidamente.¹⁷

13. Cioran, *La tentación de existir*, 202.

14. *Ibíd.*, 203.

15. Cioran, *Conversaciones*, 124-125.

16. Cioran, *Cuadernos*, 136.

17. *Ibíd.*, 180.

El asalto constante a su pensamiento para luego desmentirlo es una variación más sobre el tema mayor, de interpelar y rebelarse contra el *ser* y el *existir*. Si en algunos momentos de su vida la reflexión se orienta a la *negación-evocación* de Dios y las religiones; a la proximidad del bien y el mal; a la antinomia entre conocimiento e ingenuidad; a la posibilidad de cambio en la cultura o a la reivindicación del desastre, y así sucesivamente a muchos temas que le convocaron, lo que prevalece después de todo es la duda y la destitución de cualquier soporte al ser. Elige el desarraigo y lo concreta en decisiones tan importantes, como no volver nunca a su patria y mantenerse siempre en un exilio insatisfecho, en renunciar a su lengua materna y adoptar justo aquella que mete en cintura su espíritu expansivo e iracundo; en rechazar visceralmente la vinculación a un oficio, en no admitir los señuelos de la fama o de la actividad política y en ser esquivo a la vida social. “El drama de la curiosidad (Adán), del deseo (Eva), de la envidia (Caín): así comenzó la Historia, así continúa y así acabará”¹⁸.

Esta versión de la historia, con la impronta del cristianismo, sintetiza para el filósofo un buen fundamento para el escepticismo.

EL PODER DE LA PALABRA

En varias ocasiones el autor reconoce que la escritura le salvó de enloquecer, de morir o de convertirse en asesino. Su pensamiento, fruto de estados severos de sufrimiento subjetivo, al convertirlo en manifestación lúcida, contestataria e incluso beligerante, le permitió atenuar la carga pulsional y salir del soliloquio a la controversia con otros. Publicar, al inicio con dificultades y luego en un proceso lento, pero de sorpresa acogida, le representó el reconocimiento de todos modos esperado, aunque lo administrara desde sus reticencias con pudor y a menudo resignación.

Esta actividad terapéutica no estuvo exenta de autorreproche, porque actualizaba en algún sentido la inutilidad de los esfuerzos por crear ficciones para vivir mejor. Un saldo, que tampoco alcanza la transformación simbólica, queda siempre pendiente y pulsa a reiniciar la expresión, a *padecer-disfrutar* la tensión o a intentar *des-conocerla* con sabiduría.

No se puede eludir la existencia con explicaciones, no se puede sino soportarla, amarla u odiarla, adorarla o temerla, en esa alternancia de felicidad y horror que expresa el ritmo mismo del ser, sus oscilaciones, sus disonancias, sus vehemencias amargas o alegres.¹⁹

Mis dos virtudes, mis dos vicios: la indolencia y la violencia, la apatía y el grito, la lamentación y el cuchillo.²⁰

El aspecto fragmentario de su escritura, sin pretensión de desarrollo sistemático, al ritmo de sus estados anímicos, reiterativo y con frecuencia en contradicción con lo

18. *Ibíd.*, 164.

19. E. M. Cioran, *Breviario de podredumbre* (Madrid: Taurus, 1992), 65.

20. Cioran, *Cuadernos*, 136.

ya afirmado, no es otra cosa que la expresión de su percepción de la vida y el mundo. En tal sentido, afirma la profesora Herrera:

La función terapéutica de la escritura aparece como un resultado del *ennui*. El abatimiento y la parálisis producidos por la conciencia de la ilusión y la irremediabilidad de la existencia no permiten una elaboración escritural continua. La fatiga se impone a la idea de su exposición argumentativa. Si la unidad y el todo son una ilusión, si no hay un fundamento positivo, el sistema en filosofía —como en todo lo demás— será todo ilusión.²¹

Se eximirá entonces de explicaciones y a manera de sentencia formulará lo que ha concluido. Pese al sesgo sintético e impositivo, se insinúa una profunda exploración del contenido que, decantado con humor ácido y en tono irónico, tiene el efecto final de desnudar lo real y las fisuras de cualquier ilusión. Un recurso inteligente que logra direccionar la carga pulsional y que requiere la complicidad del lector advertido ya del desajuste del sentido. Al mostrar la cara oculta de lo que se tiene por cierto o conveniente, se denuncia y se expone al lector a comprender las contradicciones y las deficiencias de la realidad que ha construido y el sesgo más cómico y menos dramático de la vida misma. Por esta razón su lectura puede tener el efecto tonificante que convierte la confesión corrosiva en placer liberador.

[...] El vestido se interpone entre nosotros y la nada. Mirad vuestro cuerpo en un espejo: comprenderéis que sois mortales; pasead vuestros dedos sobre vuestras costillas, como sobre una mandolina, y veréis lo cerca que estás de la tumba. Gracias a que estamos vestidos alardeamos de inmortalidad: ¿cómo puede uno morir cuando lleva corbata? El cadáver que se endominga ya no se reconoce, e imaginando la eternidad, se apropia de la ilusión.²²

La insistencia en el tema de la muerte hace contrapeso a los ideales de perfección, de progreso, de bienestar ilimitado o de felicidad. Contrario al lenguaje contemporáneo que agudiza la agitación y la competencia celosa con el semejante para alcanzar la cima del reconocimiento y la admiración, Cioran más bien enfatiza el déficit que nos iguala y *sin proponérselo* sugiere la mesura, el transitar la vida sin mucho ruido y en lograr una mirada más serena con el semejante. Tal vez su lectura reflexiva atemperara el ánimo de los redentores de turno en la política y en particular de los que, obsesos con el poder, hacen prevalecer el *odio* en su versión más abyecta.

Recordando a Freud una vez más, no se puede olvidar la proximidad del amor y el odio en las manifestaciones de la subjetividad y, menos, la urgencia de contribuir para que el desarrollo cultural logre resolver esta tensión continua a favor de la vida. A su manera, Cioran lo consigue.



21. Herrera, Cioran. *Lo voluptuoso lo insoluble*, 106.

22. Cioran, *Breviario de podredumbre*, 184.

BIBLIOGRAFÍA

- CIORAN, E. M. *Breviario de podredumbre*. Madrid: Taurus, 1992.
- CIORAN, E. M. "Exercices d'admiration". En *Œuvres*. París: Gallimard, 1995.
- CIORAN, E. M. *Conversaciones*. Barcelona: Tusquets, 1997.
- CIORAN, E. M. *Cuadernos (1957-1972)*. Barcelona: Tusquets, 2000.
- CIORAN, E. M. *La tentación de existir*. Madrid: Taurus, 1973.
- FREUD, SIGMUND. "El malestar en la cultura" (1930 [1929]). En *Obras completas*. Vol. XXI. Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
- HERRERA, M. Liliana. *Cioran. Lo voluptuoso lo insoluble*. Pereira: Publiprint, 2003.
- LACAN, JACQUES. "El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica" (1949). En *Escritos 1*. México: Siglo XXI, 2003.
- MILLER, JACQUES-ALAIN. *El partenaire-síntoma*. Buenos Aires: Paidós, 2000.

